

SACRIFICIO: ALGUNAS NOTAS

Manuel Maldonado¹

1 Psicólogo clínico de la
Universidad PUCP y psicoterapeuta
psicoanalítico egresado del Centro
de Psicoterapia Psicoanalítica de
Lima. maldonado.m@pucp.pe

People don't like recalling bad things. This fact of human nature makes life easier. Your memory strives to retain whatever is good and bright, and to forget whatever is grim and black. This is a kind of defense reaction by the organism. This fact of human nature is, essentially, distortion of the truth.

But what is the truth?

Varlam Shalamov, Kolya Stories

I'm pretty sure, I'm not a doctor, but I'm pretty sure if you die, the cancer dies at the same time. That's not a loss. That's a draw.

Norm Macdonald

I.

La noción de sacrificio se halla impregnada en, quizás, todas las formas de expresión humana. Son amplias las referencias a ello en la música, la poesía, la religión, los discursos políticos, en los tratados filosóficos, en las descripciones científicas y, por supuesto, en la expresión popular. Su ubicuidad parece señalar la profunda importancia que posee en el devenir de la cultura y, quizás con mayor relevancia, para el desarrollo de la estructura de la conciencia humana.

Sacrificio deviene de la conjunción latina *sacrum facere*, hacer sagradas las cosas o santificar; es decir, un proceso (por ejemplo, a través de un rito) mediante el cual lo humano común se transforma y trasciende hacia el plano de lo divino o sobrenatural, lo sagrado. En el uso común, es una palabra ligada a la entrega o renuncia piadosa. De acuerdo a Mircea Eliade, lo sagrado “*se manifiesta siempre como una realidad de orden totalmente diferente al de las realidades naturales.[...] Al manifestar lo sagrado, un objeto cualquiera se convierte en otra cosa sin dejar de ser él mismo*”. Lo sagrado estaría asociado tanto a lo numinoso², a un tipo de experiencia paradójica a través de la cual “*el hombre experimenta el sentido de su nulidad*”³, como también a la muerte, la cual “[...] *no es considerada nunca como un fin absoluto, como la nada: la muerte es más bien un rito de paso hacia otra modalidad de existencia, y por ello se encuentra siempre relacionada con los simbolismos y los ritos de iniciación, de renacimiento o de resurrección*”⁴

1 Eliade, Mircea (1956/1985) Lo Sagrado y lo profano, op. cit., p18

2 Véase, por ejemplo, la obra de Rudolf Otto, Das Heilige (1917) o en la obra de Jung, Psicología y religión (1937)

3 Eliade, Mircea, ibid., p 19

4 Eliade, Mircea, (1957/1999) Mitos sueños y misterios, op. cit., p

Charles Darwin, autor de gran influencia para la obra Freudiana⁵, señaló en su obra *El origen del hombre* que: “El objeto final de todas las intrigas del amor, sean éstas cósmicas o trágicas, tiene en realidad importancia harto más grande que otro cualquiera de la vida humana. Aquí se trata nada menos que de los preparativos para la generación futura...”⁶ La cita pertenece al ensayo *Metafísica del amor sexual* del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1844) y adelanta, de manera general, la proposición que Freud años más tarde realizará en sus *Tres Ensayos para una teoría sexual*, en cuanto a la metamorfosis de la pulsión sexual y su posible desenlace hacia “el servicio de la función reproductora, (la pulsión) puede decirse que se hace altruista”⁷. Los tres autores coinciden en que la evolución de la sexualidad parece describir un orden natural dirigido hacia la reproducción y sobrevivencia de la especie; es decir, que en todo individuo existen aspectos fundamentales de su desarrollo que se encuentran *subordinados* a objetivos que trascienden su individualidad. Son, de hecho, diversas las referencias que hace Freud en sus escritos a la represión y la censura, la renuncia y el sacrificio que todo individuo realiza en beneficio de la sociedad y la cultura⁸. Es quizás en *Tótem y Tabú* (1912) en donde describe con mayor simbolismo la importancia que ocupa la noción de sacrificio en pos de la transformación de ciertos aspectos psicológicos del individuo; específicamente el *sacrificio del padre*, la concomitante *comida totémica* y su relación con el desarrollo de un sentimiento de culpa que eventualmente instaurará la prohibición del incesto y otras delimitaciones generacionales.

5 De acuerdo a la evidencia propuesta por Ritvo en: Lucille B. Ritvo (1974) *The Impact of Darwin on Freud*, *The Psychoanalytic Quarterly*, 43:2, 177-192

6 Darwin, Charles, (1889) *Descent of Man and selection in relation to sex* op. cit., p 589

7 Freud, Sigmund, (1905/1996d), *Tres ensayos para una teoría sexual*, op. cit., p 1216

8 “Nuestra cultura descansa totalmente en la coerción de los instintos. Todos y cada uno hemos renunciado a una parte de las tendencias agresivas y vindicativas de nuestra personalidad, y de estas aportaciones ha nacido la común propiedad cultural de bienes materiales e ideales. (...) Aquellos individuos a quienes una constitución indomable impide incorporarse a esta represión general de los instintos son considerados por la sociedad como delincuentes y declarados fuera de la ley”. En: Freud, Sigmund, (1908/1996d), *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*, op. cit., p 1252

Winnicott, autor que marca una profunda influencia postfreudiana, profundiza de manera novedosa y compleja la importancia que estas nociones adquieren en el proceso de desarrollo de la capacidad de simbolización del bebe. Introduce un concepto extraño, *lo transicional*, para describir un fenómeno de naturaleza paradójica, algo que se *anima* en un espacio potencial entre el cuerpo de la madre y su bebe, un fenómeno que existe *más allá de los límites* de los sujetos que participan en él. El mismo que se afirmará en una *"paradoja esencial que debemos aceptar y que no está destinada a ser resuelta"*⁹. Pondrá énfasis en la necesidad del proceso de separación entre la madre-bebe y el inevitable lugar que en ello ocupa la capacidad para *destruir* interiormente al objeto. *"Destruction plays its part in making the reality, placing the object outside the self"*¹⁰. Es decir, que para que el sujeto pueda alcanzar un estado psicológico diferente (digamos, de *diferenciación*), requiere experimentar una transición gradual provocada por tanto la ausencia del objeto como por la agresividad del self, las cuales conducen a *decatectizar*, *relegar a un estado de limbo*¹¹ a sus objetos internos y sólo posteriormente, a merced de su supervivencia, a rescatar y repararlos de esta condición. Aquí encontramos una metáfora de sacrificio, en tanto que la transformación del sujeto a un estado de mayor integridad psicológica, requiere de la muerte simbólica de una parte suya, sus objetos, y del dolor y desilusión que acontece a ello.

Si el sacrificio, entonces, podría imaginarse como una metáfora de transformación de la estructura de la realidad que el sujeto experimenta en cuerpo propio, corresponde preguntar, ¿cuál es el costo psicológico y *existencial* de la interrupción de dicha experiencia? Si la intuición de Winnicott nos lleva a pensar que los fenómenos transicionales ocurren en la *frontera* del sujeto, podemos pensar con exactitud que sus problemáticas perturbarán la experiencia de las fronteras entre el self y sus objetos. Es decir, que la ausencia de una experiencia relacionada con el sacrificio, la renuncia que antecede una transformación trascendental, incurre en un costo estructural: la capacidad del sujeto para desarrollar una estructura suficientemente buena, que sea capaz de manejar la progresiva y creciente metamorfosis del cuerpo sexual en el que habita y las dos direcciones que adoptarán sus pulsiones: la sexualidad y la muerte.

9 Winnicott, Donald, W. (1971) *Playing and Reality* op. cit, p 17

10 Winnicott, Donald, W. (1971) *Playing and Reality* op. cit, p 122

11 Winnicott, Donald, W. (1971) *Playing and Reality* op. cit, p 7

Utilizaremos a continuación algunas viñetas clínicas para reflexionar un poco más sobre esto. He nombrado al paciente J., un chico de aproximadamente 19 años quien entra en consulta luego de pasar por un periodo que él describe como una depresión muy severa. Mantuvimos un proceso de aproximadamente un año, una vez por semana.

II.

J. iniciaba con frecuencia las sesiones preguntando: “¿Cómo estoy...?”. Con su tono de voz, parecía preguntarme con cierta emoción si su predicción era correcta, si es esa la pregunta que contenía mi mente. Sin dejarme mucho tiempo para acomodarme a su intervención ni al impacto que me generaba, J. respondía de forma monótona, quizás desilusionada, que no sabía cómo estaba. Su emoción se oscurecía. Como tomado por una angustia oscilante, entre la expectativa nerviosa de una cercanía que pudiese ser demasiado intrusiva, y la necesidad de detener cualquier tipo de creatividad o movimiento (suyo o mío) parecía de saque indicarme la no-experiencia de un tiempo oportuno: aquél que llega sin interrumpir la elaboración y que a la vez demora sin producir la catástrofe del abandono.

J. presentaba un reclamo recurrente: sentía con mucho dolor que sus padres no sólo no escuchaban o no comprendían, sino *rechazaban* su existencia. “*Tus emociones son cojudeces*”, eran una frase de sus padres que recordaba en las sesiones. Si bien J, más bien parecía validar tales mensajes, en ocasiones se permitía expresar verbalmente una gran rabia ante el estado de cosas: “¿*Para qué hablo si nadie me escucha!*?”. Eran, sin embargos, momentos que con facilidad nos conducían a una atmósfera de desesperanza y de nulidad, como si su intento de rechazo y diferenciación fuese un estallido capaz de romper un frágil estado de sufrimiento interno que si bien era de intenso sufrimiento, *existe* y por lo tanto necesitaba ser defendido.

Recordaba el momento en el que reveló a sus padres su homosexualidad y su respuesta: “*Mi mamá me miró con asco, me dijo que estaba mal y que no se lo dijera a nadie. Mi papá no me dijo nada pero en sus ojos vi decepción*”. Imita estas denigraciones con frecuencia al hablar de otros aspectos de sí mismo. Comentaba sentirse orgulloso de tener una reputación de “*puto y goloso*” entre sus amistades. Solía tener encuentros sexuales sin protección con extraños, en ocasiones con más de una persona al día, a quienes contactaba por redes sociales específicas para estos encuentros. Esto se acentúa luego de salir de la casa de sus padres a otra provincia para sus estudios superiores. “*Me desconozco, ni yo mismo entiendo que me pasaba. Todo el día solo quería tirar y tirar y tirar... Todas mis amigas me decían “oye estas loco!”.* Yo solo sé que quería tirar todo el día, con quien sea, no importaba nada. Me trataban como una mierda, me usaban y se iban. ¿Quería que se quedaran? No sé, creo que no, no lo sé... ”.

J. parecía estar absorbido por un cuerpo que, si bien lo sentía vivo y anhelante de *movimiento* (tirar y tirar y tirar...), solo conseguía mecanizarse en una repetición sin sentido, sin dirección. Obtiene, no obstante, una marca de reconocimiento, de *diferenciación*, se afirma como el "locazo" del grupo en una exploración costosa pero quizás necesaria para salvaguardarse del fantasma del vacío (mejor puto y deseado que no-puto y asqueroso) . En paralelo a esto, eran muchas las ocasiones en las que utilizaba referencias bibliográficas de psicología o personajes de dibujos animados para hacer descripciones de su personalidad: "*Así me han dicho que soy*". Su creatividad parece quedarse atascada en la repetición, quizás hay aún demasiado peligro en la posibilidad de ofrecer nuevamente algo de sí mismo.

En una de sus encuentros, da con una persona que resulta tener un perfil falso, su rostro no coincide con sus fotos, no obstante acepta ir a un cuarto de hotel; una vez allí empieza a sentirse asustado por el trato brusco que recibe, le pide detener la cita pero ello no sucede. Es violado sexualmente, experiencia que mantiene en secreto con todos. Se reprochaba continuamente: "*Fue mi culpa*". Esto marca un cambio drástico. Se aísla de sus amistades y salidas, se encierra en su cuarto, renuncia a la universidad y entra en un periodo depresivo profundo. Regresa a la casa de sus padres, su madre le señala "*Tu depresión es exagerada*".

Perturbado por el estado de cosas en su vida, J. señalaba no poder evitar sentir una terrible culpa por ser quien es. Su crisis es ontológica, comentaba frecuentemente sentirse abatido y perdido en su destino, cansado de sentir que lleva "*Toda la vida intentando defenderse*". Los reclamos que recibe de sus padres, en particular de su madre, también incrementan. Le increpan con frecuencia el costo de las sesiones terapéuticas y su nulidad en cuanto a una mejora real de su estado anímico. "*Pierdes el tiempo hablando sonseras*". Señalaba sentirse profundamente dolido y avergonzado, convencido de que eso era cierto y aún hasta el día de hoy, vive un intenso conflicto interno, entre "*No quiero lastimarlos, soy yo quien está mal*" y "*¿Por qué no pueden ellos cambiar un poco?*".

Este dilema era el conductor silencioso de nuestras sesiones: construir una identidad al servicio del narcisismo de sus objetos, en función a complacer las expectativas que el afuera guarda sobre él, o establecer una identidad afirmada en experiencias reales, crudamente reales, provenientes de su propia iniciativa o error. La primera sacrifica su autenticidad en aras de defenderse de un abandono catastrófico, un sometimiento radical que intenta aplacar la furia de sus objetos; la segunda sacrifica la omnipotencia de la parcialidad, lo lleva a una diferenciación a través de la cual reconocer un descuido descarnado que es, con razón, muy difícil de entender, mucho menos aceptar y, quién lo sabrá, perdonar.

III.

André Green, pensando sobre la melancolía, escribe: “si la función del objeto es fundamentalmente nutricia, desde todos los puntos de vista -desde el más literal hasta el más metafórico- es absolutamente esencial que las pulsiones orales puedan ser abastecidas con objetos. En ausencia del objeto el yo debe sacrificarse y ofrecerse en alimento de las pulsiones”¹².

Si bien, creo yo, es posible pensar en el sacrificio como metáfora de un proceso psicológico de *desprendimiento*, una suerte de pago a la tierra que busca aplacar la omnipotencia pulsional y con ello evocar su misericordia y fertilidad para con los productos de nuestra creatividad, es mucho lo que aún se requiere observar y pensar en cuanto a la naturaleza de dicho sacrificio. Ya desde los tiempos de Caín y Abel se describe como no todo lo sacrificado es observado por el gran padre y como es que la no-validación del sacrificio conduce a una rabia que asesina la mejor versión de nuestra humanidad.

13 Green, André (1996) Metapsicología revisitada, op. cit, p 39

Referencias bibliográficas

- Darwin, Charles (1889) Descent of Man and selection in relation to sex. Chicago: University of Chicago Press
- Eliade, Mircea (1956) Lo Sagrado y lo profano. Barcelona, España: Editorial Labor
- (1957) Mitos sueños y misterios. Barcelona, España: Editorial Kairos
- Freud, Sigmund (1905) Tres ensayos para una teoría sexual. Madrid, España: Biblioteca Nueva Vol I
- (1908) La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna” Madrid, España: Biblioteca, Nueva Vol I
- (1912) Tótem y Tabú. Madrid, España: Biblioteca Nueva Vol II
- Green, André (1996) Metapsicología revisitada. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires
- (2007) Jugar con Winnicott. Buenos Aires: Amorrortu
- (2008) De locuras privadas. Buenos Aires: Amorrortu
- Lucille B. Ritvo (1974) The Impact of Darwin on Freud, The Psychoanalytic Quarterly, 43:2, 177-192
- Schopenhauer, Arthur (2013) El mundo como voluntad y representación Vol. II. Madrid: Alianza Editorial
- Winnicott, Donald, W. (1971) Playing and Reality London: Routledge Classics